

II Domingo de Adviento (10-12-23)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos presentes de la Congregación Franciscana, especialmente, todos los provinciales; queridos hermanos franciscanos que nos visitan y de las congregaciones franciscanas también femeninas; hermanos y hermanas:

Se nos ha dicho ya en el Primer Domingo, que este tiempo de Adviento es de **preparación**. Y esta preparación implica de nuestra parte, ya en este segundo domingo, el que podamos reconocer aquellos elementos que mostró Juan Bautista en el desierto, anunciando a su pueblo la necesidad de la conversión y, por lo tanto, la necesidad de confesar los pecados y de lavarse, purificarse; es decir, dejar una serie de cosas que tenemos encima y, sobre todo, entonces, abrírnos al Señor.

Evidentemente, no es comparable el acto de lavado, el acto de ser bautizado con agua no es comparable con el bautismo en el Espíritu que nos da Jesús, porque el bautismo del Espíritu es la entrada, la permanencia y la promoción que el Espíritu mismo de Dios hace en nuestras vidas. Y eso solo lo puede dar Jesús.

Sin embargo, la Iglesia siempre valoró este acto de purificación previo que la humanidad puede hacer y que no solo estaba en las religiones, sino también en diversas reflexiones de filosofías - como el estoicismo - y varias de estas maneras de pensar humanas que, por lo menos, llegan a reconocer los límites humanos que es necesario afrontar, evidentemente, como preparación, pero son muy importantes.

Hace un ratito, para que vean ustedes la importancia, en la lectura de la carta de San Pedro (2 Pd 3, 8-14) decía: *“el Señor no quiere que nadie perezca”*, y la lectora dijo: el Señor no quiere que nadie “parezca”. Muy importante, también es importante, porque el Señor no quiere que nadie muera definitivamente, que nadie se condene. Dios nos quiere salvar a todos, pero para eso no podemos vivir en la apariencia. Tenemos que partir de nuestra realidad y afrontarla. Y eso implica hacer lo que hizo Francisco hace 800 años en Greccio: volver a Belén.

Y la Iglesia, a partir del Concilio Vaticano II, ya hoy día, alentada por el Papa Francisco como el gran heraldo de Jesús, está anunciándonos que, si no volvemos al pesebre; que, si la Iglesia no es una Iglesia que se despoja y se hace carne en la humanidad como Jesús, acogiendo y alentando todos los caminos de esperanza que hay en diversas partes del mundo, la Iglesia, evidentemente, se esconde, se desaparece y se arruina.

Y, hoy día estamos viendo que la Iglesia necesita otra vez repararse. Por eso, el Papa lleva el nombre de Francisco. “Repara mi Iglesia” que se está cayendo por ambiciones, por robos, por diversos grupos que se creen puros y, en realidad, son una putrefacción, y que es necesario afrontar directamente en todos los lugares, en todas las congregaciones, en todas las comunidades. Y así, preparar que el Espíritu entre en nosotros, no es para mantenernos “puros” en el sentido de que somos los mejores y, entonces, los demás son una “chusma”, sino para que esa actitud de contrición, de reconocimiento de los límites de nuestras comunidades, acoja al Espíritu y aprenda a vivir de acuerdo con el Espíritu, dando frutos compartiendo y, sobre todo, superando la esterilidad con que se concibe la pureza, porque la Iglesia está llamada a ser fecunda, una madre fecunda y no un banco estéril como son muchos

grupos, congregaciones y movimientos en este momento en la Iglesia.

Y, por eso, hemos de reparar todo lo que hemos destruido, y la tarea del cristiano es dejarse inspirar por el Señor y preparar el camino de despojo para, simultáneamente, acogerlo y vivir de Él. Es lo más fácil: asumir el Espíritu del Señor y hacerle caso siempre. Lo más difícil es mirarnos cara a cara y darnos cuenta de lo que somos.

Por eso, hoy día es un día de esperanza porque el Señor nos dice que las dos cosas son importantes, pero más importante el bautismo en el Espíritu. Pero claro, el bautismo del Espíritu no se puede hacer si no hay disposición. Si la disposición al Señor en estas navidades, a que venga el Señor y entre en nosotros, está lleno de aparatos, luces, regalos, dinero y locuras...

Por eso dice que, **en el desierto**, Juan bautizaba; es decir, en el despojo, como en el despojo del pesebre de hace 800 años. Y esto tiene que ser una cuestión fundamental, especialmente para el franciscanismo, porque necesitamos una reparación del franciscanismo para ayudar a reparar la Iglesia también. Y en esas estamos.

He tenido el honor de hablar con el general, Padre Massimo Fusarelli, y está completamente convencido de que, sin una reparación del franciscanismo, entonces hacemos mucho daño a la Iglesia.

Y les pido a todos hermanos que recemos por los hermanos franciscanos. Lo pido, especialmente tommando el ejemplo de este grupo de confirmantes que pronto voy a confirmar y que se ha preparado muy bien como gente humilde y sencilla, y que pronto los vamos a confirmar, porque, justamente, en este camino, han mostrado toda la actitud sencilla de los pueblos pobres y de los muchachos

que saben reconocer sus pecados y saben abrirse a la gracia. Sigamos el camino de los pobres.

Ya el Papa Francisco dice que, cuando uno tiene una duda de fe sobre el conocimiento de la *verdad de la fe*, le consulta al Magisterio de la Iglesia; pero cuando tiene una duda respecto a *cómo vivir* en la Iglesia, que es el problema que tenemos nosotros, cómo vivimos como cristianos... *hay que escuchar al pueblo sencillo*, al pueblo Santo de Dios. Y tener la humildad que tiene el pueblo Santo de Dios como la tuvo san Francisco después del regreso de Asia, en donde había visto al sultán para empezar el camino de la paz.

Hoy día todas esas herencias que tuvimos de cristianos “creídos”, que hicimos las cruzadas para acabar con los musulmanes y que hicimos varias cruzadas y matando a espada, creyéndonos los “soldados” de Cristo; hoy día estamos pagando eso a consecuencia de los problemas entre Israel y Palestina y otros pueblos de esa manera, porque fuimos nosotros los que nos comportamos mal. Y fue san Francisco el que estableció los lazos de comunicación, de cercanía y de amistad.

Ese es el bautismo en el Espíritu, el que nos inunda y nos hace capaces de compartir posibilidades de ver al Otro en el rostro y empezar a solucionar los problemas y deshacer las tonterías que hacemos los humanos. Y hoy esto es un llamado a todos en el mundo por la violencia en que vivimos, y que el Papa se esfuerza en pacificar, porque también es tarea fundamental de la Iglesia. Y si nos cuesta la sangre, pues, que sea bienvenida, porque eso le costó a Jesús. San Francisco lo tenía muy claro: había que hacer la Paz en una situación de violencia y desprecio por los pueblos que no eran católicos.

Y, hoy día, tenemos que hacer lo mismo y tenemos que abandonar esa idea de que, en las confirmaciones, ustedes son soldados de Cristo. Solamente una idea de la palabra “soldado” nos hace falta, la idea de “soldadura”, es decir, el ***estar unidos profundamente a Jesús como lo estuvo Francisco de Asís***. Y en esa unidad profunda, poder manifestar a toda la humanidad que obedecemos la voluntad del Padre y no vivimos de apariencias.

Que Dios los bendiga, hermanos y hermanas, y que en este segundo domingo de conversión nos dispongamos ya al Tercer Domingo y al Cuarto, en donde acogemos con los brazos abiertos y el corazón ancho que todos tenemos todavía, que salimos del corazón estrecho para abrir nuestro corazón al Señor Jesús que viene como un Niño a renacer y hacer renacer la vida del ser humano.

Que Dios los bendiga, hermanos y hermanas, y feliz día de los 800 años del pesebre de Belén en Greccio. Un aplauso para los hermanos franciscanos.